



CAPÍTULO PRIMERO

LA CAZA DEL TIGRE

I

LA FLORA TROPICAL, EL TIGRE Y EL CAZADOR



Asia, cuna de la humanidad, es el teatro de las cacerías del tigre.

El escenario es espléndido y variado, y su espacio mayor que el que ocupa Europa entera; ó sea, desde las grandes islas de la Sonda hasta las orillas del río Amor, y desde la China á las cordilleras del Cáucaso.

Vaga el tigre por el Tibet, Persia, Siberia, India y la China. Los límites en la carta geográfica son desde el 8.º grado latitud Sur hasta el 52 ó 53 Norte; y lindan con Java y Sumatra al Mediodía; al Norte, con Siberia hasta besar el lago Bai-kal; al Este, con el Gran

Océano; y al Oeste, con las faldas Caucásicas occidentales y con el mar de la China.

Los tigres abundan en las Indias Orientales, en la provincia de Caudesch, en el Dekan, en Siam y la Birmania, en los bosques de bambúes que crecen á orillas del Iraouaddy y entre la espléndida vegetación de las Islas de Java.

La decoración es grandiosa, y suspende y maravilla al viajero y al cazador; y, como dice un insigne escritor español, nuestra flora es raquítica y miserable parangonada con aquella flora tropical, rebosante de savia y de aromas (1).

Yo me he fingido mil veces en la mente, leyendo las relaciones de los grandes viajeros, esa isla de Java, con sus fundamentos de granito, con sus montañas de basalto, con sus haces de volcanes; cubierto el suelo de madreporas y pólipos; cortado el paso por selvas primitivas é inexplorables; desaguando de las raíces de

(1) Emilio Castelar, *Parthenope*.

sus montañas de fuego, ríos hirvientes en la inmensidad del Océano; los días todos con tempestades, cuyos relámpagos son incendios, cuyos truenos desquicia-



La flora tropical

mientos del cielo, cuyas lluvias electricidad; las noches iluminadas, no sólo por las estrellas y constelaciones, sino por las grandes aladas luciérnagas que en todas direcciones vuelan como nubes de arruinados aereolitos; los cocoteros saliendo de las aguas, á veces de las ondas, y elevándose á las alturas cargados de frutos, jun-

to á las palmas resonantes; los bambúes, al pié de los plátanos, árboles gigantes, por cuyos troncos fluye el ámbar líquido; las hojas y las ramas de la vegetación lujuriosísima entrelazándose hasta formar tinieblas perpetuas, por donde vagan tigres negros, de ojos verdes, y murciélagos monstruosos con alas inmensas; el campo cubierto de plantaciones de tabaco, de te, de café, de especias, que con sus jugos, con sus esencias, con su humo nos embriagan; el aire embalsamado de aromas que perturban; la tierra entera produciendo y devorando seres en continuada y desordenada exaltación, como si aquella extraña naturaleza fuese la demencia, el delirio, el frenesí de la vida.

La vegetación despliega sus formas amplias y majestuosas bajo el ardoroso Sol de los trópicos,—dice A. de Humboldt en su gran obra titulada, *Cuadros de la naturaleza*.—En el país de las palmeras, en lugar de los lúgubres líquenes y musgos que tapizan en las regiones glaciales las grietas de los árboles, el cymbidium, la odorífera vainilla, se suspenden, entrelazan y enredan en los troncos de los anacardos y de las higueras gigantes. La alegre verdura del dracontium y las hojas vigorosamente cortadas del pothos contrastan con los brillantes colores de las flores orquídeas.

La banhinia, que se enreda, las pasionarias, las doradas banisterías, abrazan amorosamente los árboles de las selvas, irguiéndose sobre sus copas; flores delicadísimas brotan de las raíces del theobroma y de la ruda costra de la crescentia y de la gustavia. En medio de esta vegetación lujuriosa, en la confusión de estas plantas trepadoras, en balde el espectador, suspenso y arrobado, busca algunas veces el árbol y las ramas á que pertenecen las hojas y las flores.

A orillas de los lagos y de los ríos de los trópicos, dice Fernando Devies, en sus *Escenas de la Naturaleza en los Trópicos*, el calor del Sol, fecundando la humedad bienhechora, da formas gigantes á la vegetación. Los ríos de las Amazonas, el Ganges, el Níger discurren por entre selvas que despliegan lujosa magnificencia.

En esta escena maravillosa, entre los junglares, á orillas de los ríos y arroyos, donde crecen en abundancia bambúes, cañas y carrizos, ó bien en los floridos valles, cubiertos de espesa y baja bóveda de follaje del zarzal corinta, se desliza cautelosamente, acecha, ó salta el hermoso tigre real de erizado bigote, poderosas garras y de pintada piel roja y amarillenta y de lustras manchas y rayas negras. Vaga también el tigre por entre los copudos árboles de las grandes selvas y los zarzales y malezas de las mesetas, pero jamás se le encuentra en las grandes alturas y elevadas cimas.



CAZADOR, CUADRO POR J. CUSACHS

Fototipia Thomas